

Oracion para el sexto dia de la novena.

Glorioso S. Francisco Javier, que destituido de todo humano consuelo, consumido de trabajos, reducido á la última estremidad, y cargado de injurias por Jesucristo, conservaste siempre una paciencia inalterable; suplicote me alcances esta magnánima virtud con la gracia de saber aprovecharme bien de los trabajos de esta vida, y al mismo tiempo la que en particular te pido en esta novena; pero siempre con perfecta sumision á la voluntad de mi Dios, no queriendo cosa alguna, sino á su mayor gloria. Amen.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

LOS CUARENTA SANTOS MÁRTIRES, en Sebaste de Armenia. (*Véase su historia en las de este dia.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES CAYO Y ALEJANDRO, en Apamea de Frigia, los cuales, segun refiere Apolinar, obispo de Hierápolis, en el libro que escribió contra los herejes Catafriges, fueron coronados con glorioso martirio en la persecucion de Marco Antonio y de Lucio Vero.

EL TRIUNFO DE CUARENTA Y DOS SANTOS MÁRTIRES, en Persia.

LOS SANTOS MÁRTIRES CODRATO, DIONISIO, CIPRIANO, ANECTO, PABLO Y CRESCENTE, en Corinto, los cuales fueron degollados en la persecucion de Decio y de Valeriano por orden del presidente Jason.

SAN VÍCTOR, mártir, en el Africa, en cuya festividad predicó S. Agustin un sermón al pueblo.

SAN MACARIO, obispo y confesor, en Jerusalem, á cuya instancia Constantino y Elena mandaron espurgar los santos lugares, y construir en ellos iglesias de cristianos.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN DROTOVEO, abad, en Paris, discipulo de S. German, obispo.

SAN ATALO, abad, en el monasterio de Boby, esclarecido en milagros.

SAN MELITON Y COMPAÑEROS MÁRTIRES, Ó SEAN LOS CUARENTA SANTOS MÁRTIRES EN SEBASTE.

AL mismo tiempo que el emperador Constantino hacia triunfar la Iglesia de Jesucristo en su imperio de Occidente, su cuñado Licinio perseguia en todo el Oriente con bárbara crueldad á los cristianos. Vencido por Constantino en el año de 314, y obligado á cederle la Iliria y la Grecia, entró en tanto furor, que



S. MELITON
Y COMPAÑEROS MRS.

no pudiendo explicar su venganza en el vencedor, descargó toda la cólera sobre los cristianos, á quienes en todas partes protegía el piadoso Constantino, y los hizo una cruel guerra.

Al principio procedió con algun reparo, y para perseguirlos buscaba algun pretesto político fundado en razon de estado; pero despues se declaró abiertamente contra la religion, y para ofender mas á Constantino resolvió esterminar de todo su imperio á los cristianos.

Fué horrible y sangrienta la persecucion en todo el Oriente. Inventáronse nuevos tormentos; hubo pocos ministros de Jesucristo que no rubricasen la fe con su sangre; pocos cristianos que no fuesen ó sepultados en espantosos calabozos, ó desterrados á paises bárbaros é incultos, ó coronados del martirio.

Los mártires mas ilustres que debe la Iglesia á esta sangrienta persecucion fueron los cuarenta soldados de Sebaste. S. Gregorio Niseno los llama defensores de la fe, y torreones de la ciudad de Dios, siendo pocos los Santos Padres, que no los consagren tambien semejantes ó mayores elogios.

Hácia el fin del año 319, quitándose la máscara Licinio, y declarándose enemigo capital de los cristianos, espidió un decreto mandando á sus gobernadores que obligasen á rendir sacrificios á los ídolos á todos los vasallos de su imperio.

Uno de los que se mostraron mas celosos en dar puntual cumplimiento á las órdenes del emperador fué Agrícola, gobernador de Capadocia, y de la menor Armenia, que tenia su residencia en la ciudad de Sebaste. Apenas se publicó en la ciudad el decreto de Licinio, cuando cuarenta soldados de la guarnicion, todos jóvenes, todos bien dispuestos, todos de valor, y todos distinguidos en la tropa por sus señalados servicios, fueron á presentarse al gobernador, y le declararon intrépidamente que eran cristianos, y que estuviese cierto, que ningunos suplicios serian capaces de moverlos á abandonar la religion que profesaban. Llegó á este tiempo Lysias, general de la frontera, y pareciéndole que su autoridad y sus razones podrian bastar á reducirlos, los representó que habiendo merecido por sus bellas acciones los elogios, y aun el favor del soberano, no solo perderian su fortuna desobedeciendo á sus órdenes, sino que seguramente se precipitarian en las mayores desdichas, padeciendo por fin de ellas una muerte ignominiosa.

Pero la pronta y generosa respuesta de los héroes de Jesucristo convenció desde luego así al general como al gobernador, que primero perderian la vida que la fe. No esperéis, respondieron á una voz, ni deslumbrarnos con vanas promesas, ni infimidarlos

con grandes amenazas. No queremos honras á que está anexa una eterna ignominia, ni nos apacentamos con fantásticas quimeras. Toda nuestra fortuna, toda nuestra dicha, y toda nuestra gloria es morir por Jesucristo, único y verdadero Dios; porque esos vuestros ídolos son un pedazo inanimado de metal ó piedra, tan distantes de ser dioses, que ni aun por hombres los puede reconocer quien fuere racional.

El gobernador, que era naturalmente feroz, colérico y cruel, mandó que al instante los desarmasen, que los cargasen de hierro, y que habiéndoles despedazado á azotes, fuesen aplicados á la tortura. Fué asombro hasta de los mismos paganos la alegría con que padecieron estos tormentos; pero no eran mas que preludio del cruel martirio que los esperaba. Siete dias estuvieron los santos mártires cargados de prisiones en un oscuro calabozo, aumentándose cada dia su aliento y su fervor. Al cabo de este tiempo desesperando el gobernador y el general de poderlos reducir, los condenaron todos á muerte. Era hácia el fin del invierno que en aquel pais es rigorosísimo, y se aumentaba entonces el rigor con un frigidísimo norte que soplabá á la sazón. Sentenciólos el juez á que muriesen todos al rigor del frio, espoñiéndolos desnudos á la inclemencia del hielo.

Luego que los santos mártires tuvieron noticia de la inicua sentencia que se habia fulminado contra ellos, se hincaron todos de rodillas, y rindieron gracias al Señor por la merced que les hacia de derramar su sangre, y dar su vida por su gloria. Despues de esto esforzándose unos á otros se decian mutuamente: ¡cuantas veces hemos despreciado la muerte en medio de los combates! ¡en cuantas funciones hemos espuesto atolondradamente nuestra vida en servicio del emperador! ¡Qué gloria, qué dicha, amados compañeros, padecer ahora en defensa de la justicia, y de la verdad; y poder morir por aquel Señor, que por redimirnos á nosotros ofreció su vida, y derramó su sangre hasta la última gota! Levantando despues todos las manos, y los ojos hácia el cielo esclamaron fervorosos: *Cuarenta entramos en el combate; número misterioso: haced, Señor, que todos cuarenta seamos coronados.*

Acabada esta oracion, los sacaron de la cárcel cargados de prisiones, y los condujeron al lugar del suplicio. Era este una laguna fuera de la ciudad; pero tan inmediata á las murallas, que casi las bañaba. Un frio de los mas agudos, y de los mas violentos que jamás se habian conocido, tenia tan helada esta laguna, que pasaban por encima del hielo los caballos, y los carros con toda seguridad. En ella habian sido condenados los santos márti-

res á pasar la noche; mas porque la tentacion hiciese mayor guerra á la constancia, habia mandado el tirano que en frente de la laguna se encendiese una grande hoguera, y que estuviese prevenido un baño de agua caliente, con órden de pasar á él inmediatamente á los que cediendo al rigor del frio, quisiesen renunciar la fe por salvar la vida.

Apenas llegaron á la orilla de la laguna, cuando ellos mismos se desnudaron con apresurada alegría, y corrieron al suplicio con tanta intrepidez, que asombró á los asistentes; pero turbóse este gozo con un funesto accidente.

Ya el rigor del frio habia hendido los cuerpos de los santos mártires en espantosas grietas, causando horror el mirarlos, y siendo el dolor que los afligia el mas vivo, y el mas agudo, que apenas se puede discurrir. Los guardas se habian quedado dormidos al amor de la hoguera: solo velaba el carcelero junto al baño caliente, cuando á media noche vió con mucho espanto suyo iluminado todo el espacio de la laguna que ocupaban los santos mártires, descubriéndose tan claro, y tan resplandeciente como la luz del medio dia. Levantó los ojos para examinar de donde podia venir aquel resplandor brillante, y advirtió una tropa de ángeles, contando hasta treinta y nueve, que cada uno traía en la mano una corona. Ya no se le ofrecia razon de dudar de que el Dios de los cristianos era el único verdadero Dios, y que enviaba aquella tropa celestial para coronar la constancia, y la fidelidad de sus generosos siervos. ¿Pero qué es esto? se decía él á sí mismo: los que han combatido tan generosamente por la fe son cuarenta, y las coronas no son mas que treinta y nueve. Así discurría el carcelero, cuando reparó que un infeliz apóstata, vencido del frio habia renegado de la fe, y arrastrando por el hielo hácia la orilla de la laguna, venia haciendo señas con la mano para que le sacasen, y le metiesen en el baño, declarando con esta demostracion que estaba pronto á rendir adoracion á los ídolos.

Alargóle la mano el carcelero; pero apenas entró en el baño el infeliz cuando espiró miserablemente, pasando desde el agua caliente á las eternas llamas del infierno. Mas la bondad del Señor, que no queria fuese sin efecto la oracion que le habian hecho los santos mártires, ni que el demonio triunfase insolente por mas tiempo de su conquista, se dignó reemplazar prontamente al que se habia perdido; porque movido el carcelero de las maravillas que acababa de ver, y convertido de repente, se apresuró á ocupar la plaza que estaba vacante. Despierta á los compañeros, declarólos con valerosa intrepidez que ya es cristiano;

protesta que renuncia con todo el corazon y con toda el alma las supersticiones gentílicas; despójase él mismo de sus vestidos; pide en alta voz á los santos mártires, que rueguen á Jesucristo le conceda la gracia de morir en su compañía; corre esforzadamente á la laguna, y ocupa el lugar del soldado reprobado, mereciendo recibir aun visiblemente su corona. Fué universal, fué indecible la alegría de los santos campeones al ver accion tan generosa; y la fe viva, la magnanimidad del nuevo compañero, consoló luego el dolor de que estaban penetrados por la perdicion del apóstata infeliz.

Aun daban señas de vida los santos mártires cuando amaneció el dia siguiente; de lo que informado el gobernador, mandó que todos fuesen quemados para que acabasen de espirar con nueva especie de agudísimos dolores. Sácanlos de la laguna, y arrojanlos á todos en diferentes carros para conducirlos á la hoguera. Solo reservaron á Meliton, que como el mas jóven era tambien el mas robusto de todos, y habiendo resistido mas á la violencia del frio, conservaba todavía bastantes espíritus vitales. Parecióles á los guardas, que separado de sus compañeros seria mas fácil el vencerle. Pero su madre, que siendo cristiana no le habia perdido de vista en los tormentos, elevándose sobre los movimientos de la naturaleza, y superior á la flaqueza del sexo, le cogió ella misma entre sus brazos; y conociendo en la dulce halagüeña alegría de sus ojos, ya medio apagados, el gusto que le daba en no apartarle de sus ilustres compañeros: *Anda, hijo mio*, le dijo; *ve á dar fin á tu sacrificio con la vida, para dar principio á otra dichosa, que no se acabará por toda la eternidad*; y diciendo esto le arrojó en uno de los carros.

Fueron echados los santos mártires en una grande hoguera, y aunque el gobernador dió órden para que sus cenizas fuesen arrojadas en el rio, los cristianos, ya á fuerza de dinero, ya con otros arbitrios tuvieron modo para recogerlas, estendiéndose tanto estas preciosas reliquias, dice S. Gregorio Niseno, que apenas hay pais en la cristiandad que no esté enriquecido con este tesoro, y donde no se profese singular veneracion á los cuarenta mártires. Sus nombres, segun se hallan en las actas mas antiguas, son los siguientes: Quirion, Candido, Domno, Meliton, Domiciano, Eunoico, Sisino, Heraclio, Alejandro, Juan, Claudio, Atanasio, Valente, Heliano, Ecdicio, Acacio, Vibiano, Elio, Teódulo, Cirilo, Flavio, Severiano, Valerio, Cudion, Sacerdon, Prico, Eutiquio, Eutiques, Smoragdo, Filoctémon, Aecio, Nicolás, Lisimaco, Teófilo, Xanteas, Angeas, Leoncio, Hesiquio, Cayo y Gorgonio.

La Misa es en honra de estos Santos, y la oracion de la Misa es la siguiente:

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que esperitemos benignos para favorecernos á los gloriosos mártires, que venera-

mos tan firmes para confesamos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 11 del Apóstol S. Pablo á los Hebreos.

Hermanos: Los santos por la fe vencieron los reinos, obraron justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalecieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los ejércitos de los estraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos que habian muerto. Unos fueron estendidos en potros, y despreciaron el rescate, para hallar mejor resurreccion. Otros

padecieron vituperios y azotes, y además cadenas y cárceles: fueron apedreados, despedazados, tentados, pasados á cuchillo, anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos: hombres que no los merecia el mundo, anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos estos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesus nuestro Señor.

REFLEXIONES.

No solamente vive el justo por la fe, sino que en cierta manera se puede decir que la fe es el móvil principal, ó á lo menos uno de los principales de las mayores acciones del justo. La fe es la que le infunde aquel gran valor, la que le da aquel claro discernimiento, la que quita la máscara á los objetos mas engañosos, la que descubre lo aparente de su brillantez: la fe sola, por oscura que sea, es la que produce en el alma verdaderas luces.

Tenemos poco amor de Dios, poca confianza en Dios, poca virtud, y poco valor, porque tenemos poca fe. Se obra con desidia, cuando se cree con tibieza. No digamos ya que el camino del cielo es escabroso; que el yugo del Señor es pesado; que los

frutos de la cruz son desabridos; que los mandamientos de la ley de Dios son arduos; que la misma ley es austera: digamos que nuestra fe está medio apagada, está agonizando, está casi muerta. Una fe viva todo lo halla fácil.

Discurramos á proporcion de la fe divina, como discurremos sobre la eficacia de la fe natural y humana. Por los efectos se ha de juzgar propiamente de la calidad de la fe.

¿Por qué aquel hombre mundano se dedica con tan continua, con tan mortal fatiga al trabajo? ¿Por qué aquella intolerable servidumbre á las obligaciones mas menudas del empleo? ¿Por qué aquella servil dependencia del negocio, de la corte, del ejército? Solo porque se cree ser medio seguro para adelantar, ó casi el único para hacer fortuna.

Es duro, y muy duro arrancarse de la dulce compañía de los padres; separarse de todo lo que mas se estima, y mas se ama en el mundo; ir á esponer la vida á mil peligros, á la inconstancia de las ondas, á la violencia de los vientos, al furor de las tempestades. Con todo eso, ¿se cree que este viaje es necesario para el negocio, para la familia, para el interés? Pues no se consulta ni á placeres, ni á inclinacion, ni á delicadeza. ¿Aquel jóven, heredero quizá de grandes mayorazgos, en quien están colocadas las esperanzas todas de su ilustre familia, seria bien escuchado, si al tiempo de ir á asaltar una brecha, ó de embestir al enemigo, se escusase diciendo: No puedo esponerme á ese peligro, porque soy jóven, porque soy heredero, porque soy noble? Dura es la condicion, pero no importa: desde que plugo al mundo hacer de ella punto de honra, desde que se juzga necesaria para hacer fortuna, para hacer su corte, para conseguir la gracia del príncipe, no se delibera, es menester sujetarse á la ley por dura que sea. No es necesaria la aplicacion de estas verdades prácticas, y seria cosa vergonzosa descender á un menudo cotejo de ellas con nuestra fe.

Aquellos grandes del mundo, aquellos afortunados del siglo, aquellos hombres vanos que se apacientan de grandezas, que solo sirven á sus pasiones, que idolatran en su concupiscencia, que gastan los dias enteros en delicias y en pasatiempos: ¿todas estas personas creen por ventura en un Dios crucificado? ¿Creen las verdades terribles de nuestra religion? ¿Entran á la parte en el objeto de su fe las máximas de Jesucristo? ¿Creen que el Evangelio debe ser la única regla de su conducta?

Aquella mujer mundana, únicamente ocupada en sus entretenimientos; aquella á quien la han nacido las canas y las rugas

en el juego, en las fiestas, y en los espectáculos, ¿cree que para ser discípula de Cristo es menester renunciarse, negarse á sí misma? ¿Que la vida cristiana es una vida humilde y mortificada? ¿Que las diversiones del mundo están por la mayor parte emponzoñadas, que en él todo es lazos, todo es escollos, todo es peligros? Viviendo como se vive hoy en el mundo comunmente, ¿habrá quien tenga valor para ser responsable de su fe?

El Evangelio es del cap. 6 de S. Lucas.

En aquel tiempo: Bajando Jesus del monte, se detuvo en el valle, y con él la comitiva de sus discípulos y una copiosa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalem y del país marítimo de Tiro y de Sidon, que habian venido á oírle, y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos eran curados. Y toda la multitud queria tocarle; porque salia de él una virtud y curaba á todos. Y él, levantando los ojos hácia sus dis-

cípulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reiréis. Seréis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel día, y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

De la falta de perseverancia.

PUNTO PRIMERO.— Considera los muchos que de todas partes concurren á oír y á seguir al Salvador del mundo, y los pocos entre toda aquella inmensa muchedumbre que perseveraron.

Mas de cinco mil personas lo abandonaron todo, olvidándose hasta de su misma comida, por seguirle en el desierto; pero esto no duró mas que tres dias. Cuando entró triunfante en Jerusalem salió á recibirle fuera de la ciudad una prodigiosa multitud de pueblo, llenándole de aclamaciones; pero se acabó todo en pocas horas. De toda la Judea, y hasta de las partes mas remotas de Tiro y de Sidon, concurría á enjambres todo género

de gentes, así para escuchar sus divinas palabras, como para ser curados los enfermos de sus molestas dolencias. No hay quien no reciba algun beneficio de su poderosa mano: no hay quien no sea ó materia ó testigo de algun milagro: ¡pero cuantos réprobos se hallaron en aquella muchedumbre! ¿Y de esto quién tendria la culpa? El Salvador á ninguno escluye de su liberalidad benéfica: á nadie niega su gracia. Aquella preciosa sangre derramada no solamente por nosotros, como dice el evangelista S. Juan, sino universalmente por todos; aquella redencion superabundante; aquellos amorosos solícitos convites; aquellos ejemplos concluyentes; aquellas divinas parábolas; todo esto prueba, que á la verdad, la perseverancia es efecto de la bondad de Dios; pero que la falta de ella es puramente obra de nuestra malicia. Es cierto que es menester pedir á Dios incesantemente el don de la perseverancia; pero no es menos cierto que ningun réprobo dejará de echarse á sí mismo la culpa por toda la eternidad de no haber perseverado.

Ninguno de los convidados al festin concurre á él. Por lo que toca al rey ya habia hecho todo el gasto: en mano estaba de los convidados ocupar cada uno su lugar. ¿Quién tendria la culpa de que ninguno le ocupase? ¡O Señor, y qué mal usamos á cada paso de nuestra libertad! Pero Dios á ninguno quiere hacer violencia.

¡Con cuantas celestiales gracias nos previene! ¡Y quién podrá pensar sin admiracion, sin una especie de pismo los señalados beneficios de que nos colma! El mismo nos advierte que el festin está preparado; él nos convida; él nos insta; él en cierta manera nos obliga. ¿Qué no promete á los que se resuelven á seguirle! ¿Qué bondad, qué liberalidad no ejercita con los que quieren ser sus discípulos! Nada de esto ignoramos nosotros: todos estamos no solo instruidos, sino persuadidos á unas verdades tan llenas de consuelo: gustado hemos no pocas veces la dulzura, la suavidad que se experimenta en seguirle. Pero al fin se comienza á perder el gusto; se da oídos al amor propio; se concede demasiada licencia á los sentidos; se deja el alma engañar de los vanos atractivos del mundo: estos son los funestos escollos donde al cabo se estrella la perseverancia. ¡O mi Dios! ¡y qué medidas no debemos tomar desde luego para evitar la desgracia de estrellarnos!

PUNTO SEGUNDO.— Considera que no hay cosa en que mas se deba pensar, ni que con mayor instancia se deba pedir á Dios, que el don de la perseverancia final, porque de ella depende

nuestra eterna felicidad. Todo el secreto para conseguirla consiste en no aflojar jamás en el ejercicio de la virtud, en servir á Dios con fidelidad, y en que nuestra conducta no desmienta su servicio. Seamos fieles á Dios, que Dios será fiel en cumplirnos sus promesas. Dios quiere seriamente que todos nos salvemos: querámoslo todos con la misma seriedad, y seguramente, mediante su divina gracia (que nunca nos faltará) todos nos salvaremos.

¡Qué espantoso, qué terrible es el ejemplo del infeliz apóstata entre nuestros santos mártires! Había sufrido muchos tormentos con valerosa constancia: había confesado la fe con generosidad: casi tocaba ya el fin de su gloriosa carrera. ¡O Dios mío! ¡y qué dichosos principios! Ea, que ya se ha vencido la mayor dificultad; una media hora no mas, pocos instantes de padecer le merecía una eternidad de descanso, de gozo, de delicias. Pero en el mismo punto en que iba á recibir la corona, se disgusta, retrocede y apóstata: sus compañeros entran en la gloria, y aquel infeliz en el mismo momento es precipitado en los infiernos. Y á vista de esto, ¡habrá quien afloje en el servicio de Dios sin asustarse! ¡habrá quien vuelva atrás sin estremecerse!

La caída fué espantosa, fué verdaderamente horrible; pero es muy verosímil que ya de antemano amenazaba ruina el edificio: y la oracion que los santos mártires hicieron al entrar en el campo de batalla daba á entender hastantemente que no contaban igualmente con la virtud de todos.

Dichoso el hombre que perpetuamente desconfía de su propio corazón, y por consiguiente de su propia virtud: dichoso aquel que trabaja continuamente en el negocio de su propia salvacion con temor y con temblor. ¿Qué se ha de pensar, ni qué se debe esperar de ese tedio al servicio de Dios, de esa inconstancia en los fervores, de esos recursos á los consuelos, á las diversiones del mundo, y de esas detestables máximas? La falta de la perseverancia final pone el sello á la reprobacion. ¿Pues quién no temerá esa falta de perseverancia? Ella es una gracia que no podemos merecer; pero tambien es una gracia que si nos falta, siempre es por culpa nuestra. ¡Pues con qué vigilancia, con qué fidelidad no nos debemos aplicar al cumplimiento de nuestras obligaciones! Y aun en la misma devocion, ¡qué humilde desconfianza es necesario tener!

¿Se podrá contar con demasiada seguridad sobre los dones sobrenaturales que se han recibido de Dios, sobre los trabajos que se han padecido por su Majestad, sobre los servicios que se le

han hecho? ¡Ah! que Salomon se pervirtió á pesar de los dones que habia recibido del cielo; Judas se perdió á los ojos del mismo Salvador, y el infeliz soldado de nuestra historia, despues de padecidos tantos tormentos apostató. ¿Qué se ha de inferir de todo esto? Que es menester trabajar en el negocio de la salvacion con temor, pero con confianza; que es necesario pedir á Dios sin cesar el don de la perseverancia, y mirar con un santo horror la menor tibieza, la menor relajacion. Ninguna cosa afianza tanto la perseverancia como la continuacion en el fervor.

Divino Salvador mío, ¡cuantos motivos tengo yo para gemir y para temer á vista de mi infidelidad, y de mis frecuentes reincidencias! pero todo lo espero de vuestra misericordia, y confío me habeis de conceder por vuestra bondad y por la intercesion de la Santísima Virgen, y de estos santos mártires, aquella perseverancia final que incesantemente os pido; como tambien la gracia de serviros en adelante con una inviolable fidelidad, y con un fervor inalterable.

JACULATORIAS. — Vos, Señor, habeis de fijar mis pasos en el camino del cielo, para que no se tuerzan, ni aun titubeen. (*Psalm. 16.*)

No, mi Dios, no aflojaré por cuanto hay en el mundo en el ejercicio de la virtud, que comencé á practicar con vuestra divina gracia. (*Job 27.*)

PROPOSITOS.

1 El que perseverare hasta el fin, dice el Salvador, ese se salvará. No basta perseverar, si no se persevera hasta el fin. Ni se da la corona mientras dura el combate, porque es fruto de la victoria; y toda la vida es tentacion y pelea. El medio de lograr esta perseverancia es conservar toda la vida una extrema delicadeza de conciencia, añadiendo á ella el ejercicio del profeta Rey, que cada dia renovaba su fervor, como si en aquel mismo dia comenzara. Comprende bien la utilidad de este ejercicio: nada te disimules, nada te perdones en punto de flojedad: el mas leve descuido en esta materia debe asustarte. Has de mirar las mas pequeñas imperfecciones como heridas ligeras, que pueden tener graves resultas, si no se hace caso de ellas; y segun el consejo de S. Gregorio y de S. Crisóstomo, has de temer mas en cierta manera las faltas leves, que los pecados graves. Cada dia debes hacer cuenta que es el primero de tu conversion: cada dia has de renovar tus propósitos, y decir con el Pro-

feta: *Dixi, nunc cæpi*. Repite estas palabras al acabar la oracion de la mañana: Hoy comienzo á servir á Dios, á amar á Dios, á declararme altamente por el partido de Dios, á domar mis pasiones, mi natural, mis inveteradas costumbres, como si fuera hoy el principio de mi carrera: *Dixi, nunc cæpi*. Si, mi Dios, desde este momento comienzo á servirlos con fervor. No te olvides de repetir lo mismo en la misa, y muchas veces entre dia, haciendo á Dios todos los dias alguna oracion particular para conseguir de su Majestad el don de la perseverancia final, y podrá ser la siguiente:

«Dios mio, y Salvador mio, que únicamente me criasteis para que os amase, y que sinceramente quereis mi salvacion; «haced que yo corresponda eficazmente á una voluntad, y á un «fin que son tan ventajosos para mí. Mucho os costé, Redentor «mio, y no habeis de permitir que yo me pierda. Suplicoos me «concedais por los méritos de vuestra santísima pasión y muerte «todas las gracias que necesito; pero sobre todas ellas la perseverancia final. Yo os la pido en nombre de vuestro querido «Hijo, objeto de toda vuestra complacencia. Virgen santa, interceded por mí para con vuestro Hijo preciosísimo.»

2 No habiendo cosa mas importante que la perseverancia final, tampoco hay otra que se deba pedir á Dios con mayor instancia. Empeña á este fin los santos que son de tu mayor devocion y confianza, y no dejes de pedirselo á Dios durante esta novena, por intercesion de su siervo S. Francisco Javier, cuyo fervor, aunque fué tan extraordinario desde el primer instante de su conversion, creció siempre hasta el último momento de su vida. La salvacion pende de la buena muerte.

Oracion para el séptimo dia de la novena.

Glorioso S. Francisco Javier, que consumido de trabajos por la gloria de Jesucristo, despues de haber convertido á la fe tantos reinos, despues de haber levantado mas de seis mil iglesias al verdadero Dios, y despues de haber bautizado mas de un millon de infieles, espirasteis sobre los peñascos de la isla de Sanchon; privado de todo humano consuelo, pero abundantemente colmado de los divinos; alcanzadme, os ruego, de mi Salvador Jesucristo la perseverancia final, y que muera santamente con la muerte de los santos, juntamente con la gracia que os pido en esta novena, si fuere conducente para que yo consiga esta dichosa muerte. Amen.